

bres expertos, acorralados los partidarios de la autoridad en las últimas trincheras; no pudiendo ya valer ni el derecho brutal de la fuerza, ni los pergaminos, ni la sangre azul, ni los derechos hereditarios para gobernar á los pueblos, ante una mejor conciencia social, presentan su último argumento, cual espantajo, de que la sociedad, sin autoridad, sin leyes, no podría subsistir, no habría garantías para nada ni para nadie: resurgiría el barbarismo, el caos!...

Afortunadamente se oye esto como quien oye llover: causa el mismo efecto que la carabina de Ambrosio. No en balde han pasado las revoluciones derrocando imperios y monarquías y repúblicas cual furioso huracán, subsistiendo firme el espíritu social, la sociedad. A cualquiera se le alcanza que, si sólo las leyes y el Estado fuesen las fuerzas mantenedoras de la armonía social, ha tiempo que la sociedad no existiría. Aquí viene bien recordar aquella frase del gran humanista Vives: «¿Qué niño ó viejezuela ignora que los mayores imperios se afirman con el consentimiento de los vasallos, y que nada serían si nadie obedeciese?» La sociedad subsiste por naturaleza, por conveniencia general y particular, jamás por la acción del Estado, que no hace más que perturbarla, garantiendo únicamente el monopolio y la opresión. Si quedan en pie todavía las instituciones autoritarias, es porque aun es mucha la ignorancia que, con empeño inaudito, mantienen curas, legisladores, jueces, capitalistas, militares, solidarios todos en esa funesta obra para que la razón del pueblo no despierte completamente libre de preocupaciones y absurdos, y tenga fija la mirada en lo alto, constante la resignación abajo, ó sea, en una palabra, servil y estúpido. Y precisamente se consagran con tanto afán á esa tarea, porque tienen el pleno convencimiento no de que se desquiciara la sociedad, si la razón despertase, sino de que el dominio de los privilegiados habría acabado, á pesar de los cañones, pues las lanzas se vuelven cañas ante la de-

cisión de la avalancha popular que tiene la conciencia de su poder.

El núcleo sostenedor de todos los privilegios es el Estado. Y bien: ¿qué es el Estado? He aquí una magnífica síntesis debida á Juan Bovio: «Orgulloso y altanero con los súbditos, envidioso con el vecino, el Estado es la opresión dentro y la guerra al exterior. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es, por necesidad, despojador y violento; con el pretexto de custodiar la paz en los ciudadanos y las partes, es el provocador de guerras vecinas y lejanas; llama bondad á la obediencia, orden al silencio, expansión á la destrucción, civilización al disimulo. Es, como la Iglesia, hijo de la común ignorancia y de la debilidad de los más. A los hombres adultos se manifiesta tal cual es: el mayor enemigo del hombre, desde el nacimiento hasta la muerte... Justificad el Estado como queráis, consagradlo, transportando á él el Dios sustraído á la Iglesia; hacedlo güelfo, gibelino, burgués, monárquico ó republicano, y siempre tendréis que daros cuenta de que tenéis al cuello un tirano, contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la naturaleza». ¿Y eso es lo que puede garantizar la armonía social, producir el bienestar de la humanidad? Y no se diga que la pintura es de tonos exagerados, porque basta abrir la historia, y, siglo tras siglo, se verá reproducida. Hoy, á pesar del progreso efectuado, de imponer al Estado muchas restricciones, ha convertido las naciones en enormes cuarteles, á los hombres en instrumentos de guerra, extenuando al productor y sacrificando millares de jóvenes en luchas que no tienen otro objetivo que la usurpación de territorios de otros Estados. ¿Qué lógica hay en tolerar ese cáncer social? La sociedad tiene medios naturales para vivir bien y armónicamente, sin necesidad del Estado, que tan caro cuesta y tan ingrato y cruel es.

Basta lo expuesto para concluir que el hombre libre es por naturaleza y libre debe ser; que el principio de au-